

5. CONSIDERACIONES GENERALES

El estado del conocimiento anterior.

Los trabajos de campo y de laboratorio desarrollados a lo largo de los últimos dieciocho años en torno al período correspondiente al Bronce Final-Edad del Hierro en la vertiente atlántica de Euskal Herria, han permitido la catalogación y estudio de centenares de yacimientos tanto correspondientes a hábitats como a monumentos de tipo funerario. En las páginas precedentes nos hemos referido al fenómeno del hábitat de forma extensa; no obstante valoramos que quedan pendientes de desarrollar una serie de cuestiones que por su carácter más global no hemos creído conveniente incluirlas en los capítulos anteriores por lo que las abordaremos a continuación.

Una gran parte de estos temas se refieren a aspectos relacionados con el hábitat, las formas de vida, las tecnologías y todo lo relativo a descripción y valoración de los grupos humanos correspondientes a estos momentos; otros afectan al fenómeno funerario y sus diferentes variantes. Sin embargo, va a ser la relación de ambos apartados, el del mundo de los vivos y el funerario, lo que nos hará plantearnos un considerable número de preguntas, que en la mayor parte de los casos quedarán sin respuestas definitivas, pese a que puedan marcar futuras líneas de trabajo.

Gran parte de las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo a lo largo de este siglo en la vertiente atlántica se centraron en períodos del Paleolítico y en aspectos relativos al fenómeno megalítico, básicamente dolménico. La escasez de restos conocidos correspondientes a otros períodos prehistóricos, principalmente en lo relativo a los hábitats, hizo que por mucho tiempo se plantease la posibilidad de un descenso de las poblaciones e incluso la ausencia de las mismas en ciertos momentos cronológicos.

En lo que se refiere al período que nos ocupa en este trabajo, el conocimiento de tan sólo una serie de círculos de piedra ubicados en áreas de montaña, apenas si permitía variar la creencia de una falta de población, justificada en ocasiones por las características del propio territorio nada propicio para el desarrollo de actividades como la agricultura, dada la

escasez de espacios amplios para cultivos extensivos, en contra de lo que estaría sucediendo en la vertiente mediterránea de Euskal Herria con amplias terrazas fluviales y grandes extensiones muy adecuadas para el desarrollo agrícola, característico de este momento en gran parte del continente europeo. El hallazgo de yacimientos en los territorios de Araba y Nafarroa pertenecientes a este período protohistórico, con restos de actividad agrícola importante, así parecían demostrarlo. Sin embargo, el conocimiento de las primeras estructuras de habitación en la vertiente atlántica (Marueleza e Intxur), asignadas por sus descubridores a la Edad del Hierro, rompía de alguna manera ese vacío de restos y por tanto de actividad humana en este área.

Los primeros trabajos arqueológicos practicados en estos extensos recintos amurallados no proporcionaron desgraciadamente restos constructivos o de materiales si se exceptúan los sistemas defensivos, en ambos casos de gran envergadura. Este hecho hizo que los investigadores se planteasen el que nos encontraríamos ante enclaves perfectamente defendidos pero «vacíos» de población, utilizados exclusivamente por las gentes de la zona en casos de peligro como refugio temporal, resultando ser esta opinión algo común entre los especialistas dedicados a este tema:

Así, B. Taracena y A. Fernandez de Avilés (1945), tras referirse a la falta de hallazgos en el yacimiento de Marueleza sugerían que la total carencia de ajuares hacía también pensar en que fuera tan sólo un lugar de refugio en momentos de lucha para los pastores y habitantes de los caseríos dispersos.

J.M. de Barandiaran (1961a), por su parte, dentro de la memoria correspondiente al castro de Intxur, escribía: « es, pues, un sistema defensivo, obra sin duda de la población indígena, gemela de los castros de época céltica construidos en los siglos IV y III antes de J.C. La ausencia de objetos mobiliarios aquí, como en Marueleza de Navariz, es debida probablemente a su carácter de refugio temporario utilizado por los habitantes de la comarca en casos de peligro de alguna invasión».

F. Gaudeul (1985a) también es ahora de la misma opinión; así, en referencia al recinto de Zerkupe considera que en razón de su situación y de la rareza de restos de ocupación, no han constituido hábitats permanentes, pareciendo por el contrario que han sido refugios temporales donde las poblaciones vecinas podrían venir a meterse al abrigo y defendidos en caso de amenaza o de agresión, jugando un papel análogo al de los castillos feudales posteriores (algunos de ellos construidos sobre hábitats protohistóricos) y de los que llegarían a utilizar al menos en parte los aterrazamientos. En 1987, este mismo investigador precisaba: «Es posible sin embargo que ciertos recintos hayan sido utilizados en ciertas épocas del año como recintos pastoriles o incluso concebidos como tales con modestas organizaciones defensivas (como Ahiga, Lecheguita, Gastelepo) y que no hayan sido ocupadas incluso jamás desde que fueron construidas».

Nos hallamos pues ante planteamientos coincidentes y que de alguna manera comienzan a apoyar un hábitat disperso cuya base económica estaría sustentada en la ganadería.

Los descubrimientos e investigaciones desarrollados a lo largo de estos últimos años por parte de M. Unzueta y L. Valdés en poblados tales como Berreaga y Marueza y por X. Peñalver, C. Olaetxea y S. San José en los de Basagain, Buruntza, Intxur y Munoaundi principalmente, han ido clarificando numerosos aspectos relativos al hábitat en las zonas húmedas de Euskal Herria. La localización y excavación de un número considerable de estos recintos así como los trabajos realizados en yacimientos en cueva han ido estableciendo un entramado de informaciones sobre las que hoy podemos, aunque con reservas en algunos casos, aportar nuevas consideraciones. Por otra parte y complementariamente, en fechas recientes hemos iniciado trabajos de campo con el fin de localizar por un lado los enterramientos o necrópolis correspondientes a los poblados fortificados hoy conocidos y por otro los posibles restos de hábitats relacionados con los constructores de los cromlechs, ya sean de tipo estacional, en cotas altas, o estables en latitudes inferiores.

La ocupación del espacio.

La distribución de los diferentes tipos de hábitats nos permite apreciar, aún dentro de su escasez en ciertas áreas, una ocupación

regular del territorio analizado, ubicándose por lo general en lugares destacados con relación a su entorno. No existen sin embargo restos catalogados en las zonas más elevadas de los cordales pirenaicos ni en las grandes sierras de Bizkaia y Gipuzkoa, si exceptuamos aquí una serie de hallazgos en Aizkorri, dentro de este último territorio.

Analizando los trabajos de prospección sistemática llevados a cabo en estos años en algunas partes del área estudiada, llegamos a la conclusión de que ciertas zonas que en la actualidad no presentan muestras de ocupación están a falta de trabajos de reconocimiento del terreno dirigidos hacia la búsqueda de este tipo de yacimientos. Así, los vacíos existentes en la vertiente atlántica de Nafarroa al igual que en algunos de los valles más importantes de Bizkaia pudieran en el futuro ser revisados como lo están siendo en la actualidad otros cauces fluviales guipuzcoanos y vizcaínos. En Lapurdi, Behenafarroa y Zuberoa el reparto de poblados ocupa amplias zonas en altitudes medias y bajas. En el territorio de Gipuzkoa, apreciamos cómo estos hábitats al aire libre van apareciendo en la totalidad de los principales valles fluviales siendo un caso a destacar el valle del Oria, con cuatro poblados situados a lo largo del cauce.

Por lo que se refiere a las escasas cuevas conocidas hasta hoy con restos de este período, su distribución es muy irregular, ocupando zonas muy diversas de algunos de los territorios (Bizkaia, Gipuzkoa y Lapurdi), desde los puntos altos hasta la misma línea de costa.

Las áreas de montaña, tanto correspondientes a los cordales pirenaicos como a las más importantes sierras de Bizkaia y Gipuzkoa son a nuestro entender



Foto 26. Poblado de Buruntza, uno de los cuatro que controlan el valle guipuzcoano del Oria.

una asignatura pendiente en la investigación. Los primeros resultados, no obstante, relativos a la sierra de Aizkorri (Gipuzkoa), que hemos recogido en los puntos 4.1.3 y 4.2.3, apuntan hacia la existencia de hábitats estacionales en algunos casos, estables en otros, con poblaciones tal vez dedicadas en gran medida a la ganadería. A este tema nos referiremos en páginas posteriores al relacionar el hábitat con el fenómeno funerario, en especial el relativo a los cromlechs pirenaicos.

Los tipos de asentamiento.

A pesar de las limitaciones en el número de evidencias conocidas, se aprecia una aplastante superioridad de lugares situados al aire libre, principalmente recintos amurallados, frente a los hábitats en cueva (72 poblados, un asentamiento en área de montaña al aire libre y 8 yacimientos en cueva), y esto pese a ser muy elevado el número de cuevas en las que se han practicado catas o excavaciones. Es por ello que consideramos que son los recintos fortificados junto a otros no fortificados al aire libre de menor entidad, no localizados hasta el momento, los lugares predominantes de hábitat a lo largo del Bronce Final y principalmente de la Edad del Hierro en la vertiente atlántica de Euskal Herria, siendo la ocupación de las cuevas un hecho muy concreto, tal vez de carácter coyuntural y debido a motivaciones específicas, y no solo en este momento sino también en etapas anteriores. Además, la escasa capacidad de estos lugares no permitiría albergar a un número importante de población.

De los escasos yacimientos incluidos en nuestro catálogo, tan sólo los de La Iglesia, Arenaza I, Goikolau, Lumentxa y El Faro han sido excavados, disponiéndose únicamente de restos materiales procedentes de catas o recogidas superficiales en las demás cuevas, con lo que incluso en algunos de los casos pudiéramos estar ante yacimientos correspondientes a momentos inmediatamente anteriores a los que nos ocupan.

Basándonos en las estratigrafías correspondientes a cuevas excavadas principalmente en Bizkaia y Gipuzkoa, todo parece apuntar a que la ocupación muy ocasional de estas cavidades pudo haberse prolongado hasta el Bronce Medio-Final, abandonándose a lo largo del Bronce Final-Primera Edad del Hierro, para apostar por hábitats al aire libre, que hoy comienzan a ser documentados. En los casos de perduración de la ocupación de las cuevas, cabe preguntarse por la actividad de sus moradores. No parece probable, al menos en muchas de ellas, una dedicación agrícola en la línea de la desarrollada por los ocupantes de los poblados al aire libre que hoy cono-

cemos; las condiciones no parecen propicias para ello. Así mismo, tampoco están documentadas estas actividades entre los escasos restos proporcionados por estos niveles, correspondientes principalmente al Bronce Final. La actividad pastoril, tal vez unida a una situación precaria de estas poblaciones pudiera explicar los escasos restos hasta hoy conocidos, así como su aprovechamiento como lugar de almacenamiento en algunos casos.

Sin embargo existe otro elemento a considerar. De los ocho yacimientos en cueva catalogados, y a excepción de la cueva de La Iglesia (Araba) y de la de El Faro (Lapurdi), los restantes, todos ellos situados en Bizkaia y Gipuzkoa, contienen restos humanos en los niveles cercanos al Bronce Final-Edad del Hierro, sin poderse determinar con claridad su asignación. Estos restos nos pudieran hacer pensar, al menos en ocasiones, en la existencia de niveles anteriores, correspondientes a utilizaciones de carácter funerario de estos espacios. En esta línea, A. Armendariz y F. Etxeberria (1983) incluyen la cueva de Gazteluarro IV entre las sepulcrales. Es decir, que aunque disponemos de una serie de restos, principalmente cerámicos, posiblemente relacionados con ocupaciones del Bronce Final, otros elementos nos hacen que tomemos a algunos de ellos con reservas.

J. Gorrochategui y M^a.J. Yarritu (1990), al tratar del período del Bronce en Bizkaia, destacan el escaso número de cuevas de habitación, subrayando los limitados trabajos de prospección llevados a cabo de cara a la localización de hábitats al aire libre. Asignan por tanto a las cuevas un papel secundario en el proceso de ocupación del territorio en este momento, al reducirse las mismas a zonas muy concretas y al ser su número muy escaso. Por su parte, M^a.T. Andrés (1998), refiriéndose a niveles en cueva anteriores al Bronce Final, dentro del marco de la cuenca alta y media del Ebro, considera la posibilidad de su función como refugio temporal en momentos conflictivos, tal vez de las propias poblaciones autóctonas, más aún cuando las características de las cuevas conocidas en su mayor parte no son cómodas como lugar de habitación. Además de la función de refugio pudieron haber servido estos espacios como almacenes o despensas, según la misma investigadora, basándose en restos de yacimientos aragoneses. El querer ver, como ha sucedido en ocasiones, en la ocupación de estas cuevas una continuidad cultural con etapas precedentes no encajaría muy bien por otra parte en un momento de notable desarrollo tecnológico.

En cuanto a los poblamientos en áreas de montaña ya nos hemos referido con anterioridad a la escasez de trabajos aún existentes.

Otra manera de abordar las formas de asentamiento, además de por su ubicación, es la de intentar establecer si nos hallamos ante poblaciones ubicadas en

pequeños grupos, conformando un hábitat disperso o ante concentraciones con un número considerable de individuos, en núcleos diferenciados. Las primeras consideraciones en este sentido por parte de B. Taracena, A. Fernández de Avilés y J.M. de Barandiarán, iban encaminadas hacia la definición de un hábitat disperso, en algunos casos apoyado con recintos fortificados desocupados, que emplearían como lugar de refugio en caso necesario.

El estudio reciente de una serie de estos yacimientos como Basagain, Buruntza, Intxur y Munoaundi, así como el hallazgo de otros nuevos enclaves, está permitiendo constatar sin embargo la existencia de actividades relevantes en su interior, similares a las desarrolladas en poblados conocidos en la vertiente mediterránea de Euskal Herria o en otros puntos del continente europeo. Por otra parte, el hábitat disperso no ha sido de momento localizado en ninguno de los territorios objeto de este estudio, lo que no quiere decir que estemos negando la posibilidad de esta segunda forma de ocupación del territorio. La dificultad de localización de pequeños hábitats aislados en zonas como éstas cubiertas por un importante manto vegetal, es evidente, tal y como lo estamos constatando en los trabajos de prospección de las áreas de montaña (Aizkorri, Onyi-Mandoegi) o de lugares ocupados por enterramientos de tipo cromlech (montes de Oiartzun). En nuestra opinión, vemos muy probable la coexistencia entre poblados fortificados y ocupaciones estables de carácter aislado, no sólo en las áreas de montaña sino en gran parte del territorio, aunque no hayamos podido documentar de momento el segundo tipo de hábitat.

Características específicas del hábitat.

Dejando a un lado los asentamientos en cueva, que por otra parte no pueden ser elegidos libremente al tenerse que limitar sus ocupantes a los lugares kársticos, y reconociendo las limitaciones que aún tenemos para profundizar en los hábitats de montaña, vamos a resumir algunas de las formas específicas de ocupación de los poblados al aire libre conocidos.

El estudio de los establecimientos al aire libre en gran parte del continente europeo ofrece una serie de características comunes a gran parte de ellos. En nuestro entorno, A. Llanos (1990) describía en fechas recientes algunas de

las peculiaridades de estos lugares: elección intencional del espacio en donde se levantará el poblado, selección de los lugares con la función de controlar zonas, sobre todo vías naturales tales como ríos o caminos, llegando a formar incluso una red macroespacial, teniendo en cuenta la estructura del terreno, la proximidad de puntos de agua, eligiendo zonas propicias para el desarrollo de determinados modelos de producción tanto en lo relativo al pastoreo/ganadería como a los cultivos de tipo cerealista; se apreciaba así mismo cierta jerarquización de estos núcleos en espacios concretos, tanto en lo que se refiere a su situación en ese espacio como al tamaño de los propios hábitats.

Tras bastantes años de vacío informativo al respecto en la zona atlántica, la práctica totalidad de estas características están siendo en la actualidad documentadas en la zona objeto de este estudio, habiéndose detallado en gran medida a lo largo del apartado 4.2 de este trabajo. Aquellas gentes habían elegido esos puntos elevados, ubicados estratégicamente, con el fin de controlar vías de comunicación o paso obligatorio: el caso ya señalado de los cuatro poblados de Buruntza, Basagain, Intxur y Murumendi, a lo largo del río Oria, es significativo.

El método utilizado para delimitar el recinto es así mismo común en todos los enclaves que hemos estudiado, al igual que sucede en otros conocidos fuera del área analizada. El empleo de fortificaciones de considerables dimensiones es un hecho destacado en todos los yacimientos catalogados, si bien su papel no está lo suficientemente aclarado dado el desconocimiento actual acerca de las formas de vida y los tipos de relación social de sus constructores. Algunos



Foto 27. Muralla del poblado de Intxur (Albiztur-Tolosa).

investigadores comienzan ya a poner en duda la finalidad exclusivamente defensiva de algunas de las grandes murallas, y por tanto evidenciadoras de la existencia de conflictos armados. La delimitación monumental de un territorio determinado, mostrando de forma clara la posesión del mismo así como de rebaños, cultivos y todo aquello que pudiera contener este recinto (viviendas, mercados, etc.) sería así mismo una función a considerar.

A la hora de definir lo apropiado o no de cada uno de estos emplazamientos para el desarrollo de una serie de modelos de producción, y pese a que una vez más tenemos que someternos a un número de evidencias escaso, creemos que han sido elegidos en función de actividades muy determinadas, ya sean éstas agrícolas, ganaderas o mineras. No obstante faltan estudios suficientes relativos a los tipos de relieve y características de los suelos en las áreas periféricas de estos recintos así como de las actividades concretas desarrolladas por cada uno de estos poblados.

Un elemento de interés conectado tanto con las características propias de los yacimientos como con su papel con respecto al territorio en que se ubican y a sus relaciones con los recintos del entorno es el de su jerarquización; sin embargo su estudio presenta algunos riesgos, pudiendo llegarse a invalidar la totalidad de las conclusiones obtenidas si los datos son insuficientes. El conocimiento de las cronologías de los diferentes niveles de ocupación de cada uno de los poblados es fundamental para definir su posible contemporaneidad. De lo contrario podríamos estar estableciendo relaciones entre ocupaciones más o menos próximas en el espacio pero correspondientes a momentos distintos.

No es fácil demostrar arqueológicamente que un poblado de proporciones mayores que los situados en sus cercanías haya establecido un poder o dominio sobre los de menor tamaño. Ciertos datos hoy inexistentes en el territorio estudiado como la capacidad de almacenamiento de un recinto determinado con respecto a otros próximos, podrían ofrecernos alguna orientación en este sentido. Así se ha observado en diferentes zonas de Europa la existencia de una serie de poblados importantes equidistantes entre sí, a distancias de entre 10 y 20 km. o incluso muy superiores (de 80 a 120 km.). No obstante este esquema de distribución de las ocupaciones no es aplicable a todos los lugares, dándose áreas en donde probablemente una serie de poblados de parecida entidad pudieran haberse disputado el control económico de ciertas zonas.

En nuestra área contamos con una considerable concentración de ocupaciones en Lapurdi, Behenafarroa y Zuberoa, pero los trabajos de excavación practicados son muy escasos. En el punto 4.3.1.2. nos referíamos a las dimensiones de los poblados; si de manera provisional tomamos la totalidad de los gran-

des hábitats hoy catalogados, por ejemplo de más de 5 Has., observamos cómo se reparten de una forma relativamente uniforme, ocupando por lo general diferentes valles en Bizkaia y Gipuzkoa y situándose a distancias casi equidistantes en los territorios de Lapurdi, Behenafarroa y Zuberoa, en zonas de media altura y sobre un eje aproximadamente paralelo a los grandes cordales pirenaicos.

La existencia en Bizkaia y Gipuzkoa de dos grandes recintos (Marueza con 8 Has. e Intxur con 17 Has.) empujó a considerarlos como hegemónicos; al menos así fue tratado con claridad el primero de los yacimientos por parte de L. Valdés relacionándolo con el cercano poblado de Kosnoaga, del que dista 6,5 Km. en línea recta: «...podemos suponer que nos hallamos ante un posible caso de castro vasallo o dependiente de la posible «capitalidad» de Marueza». (L.G. Valdés, 1984). Por lo que se refiere al yacimiento de Intxur, no nos aventuraremos de momento a establecer esa relación dominante con respecto a recintos próximos como Murumendi, Basagain y Buruntza, de muy inferior tamaño. Los resultados de las excavaciones practicadas tanto en diversas áreas del propio yacimiento de Intxur como en las de Basagain parecen apuntar hacia un período de coincidencia entre ambos poblados, si bien en el segundo tendría lugar una ocupación más prolongada, reflejada tanto en las dataciones de C14 como en ciertas innovaciones tecnológicas (cerámica a torno, etc.), no documentadas en el primer poblado.

Al referirnos a las características específicas de los hábitats conviene tener presentes algunos aspectos relativos a las viviendas y a otro tipo de estructuras del interior de los recintos. A pesar de ser varios los poblados excavados hasta la fecha, en muy pocas ocasiones se ha podido determinar la ubicación de las estructuras propiamente de habitación y complementarias. De momento nos tenemos que conformar con los restos de viviendas de Berreaga e Intxur, en ambos casos claramente definidas. La coincidencia entre estos dos yacimientos es un elemento a destacar. El hecho de que las plantas se encuentren semiexcavadas en la roca y el que los levantes sean básicamente de madera y adobe sorprende a primera vista en un terreno húmedo, en donde por otra parte se han empleado grandes cantidades de piedra para construir los sistemas de defensa. No obstante las formas de las viviendas varían, y frente a plantas en las que predominan las formas curvas en el caso de Berreaga, en Intxur adquieren formas rectangulares, si bien parte de los recortes interiores de la roca presentan algunos trazados curvos.

Por otra parte, las divisiones interiores de al menos una de las casas de Intxur parecen coincidir con el esquema de muchas de las viviendas de planta rectangular conocidas en la vertiente mediterránea de

Euskal Herria, al contar con un espacio central y un segundo dedicado al almacenamiento de alimentos en grandes recipientes cerámicos. La ausencia de un zócalo de piedra claramente definido nos ha extrañado sin embargo, teniendo en cuenta la abundancia de este material en muchos de estos yacimientos.

La organización social.

Al igual que sucede con otros temas, al referirnos a la organización social de estos pobladores de los hábitats, nos encontramos con informaciones que nos sitúan en muchos aspectos ante un panorama relativamente similar al existente tanto en la vertiente mediterránea de Euskal Herria como al de otras áreas del continente. Una vez abandonada la ocupación de las cuevas, al menos de una forma prácticamente generalizada, y aún manteniendo la posibilidad de asentamientos de población dispersa al aire libre en núcleos aislados, tuvo que darse con el paso del tiempo un progresivo reagrupamiento en pequeñas aldeas que posteriormente irían dando lugar a núcleos más desarrollados, dotados de una serie de estructuras especializadas con diferenciaciones sociales dentro de la propia comunidad. La propia tarea de selección de lugares adecuados para la ubicación de los asentamientos precisará de un considerable grado de organización colectiva que irá progresivamente mostrando su capacidad según se desarrollen los trabajos que vayan conformando el poblado. La construcción de espectaculares o al menos importantes sistemas de defensa que requieren una abundante mano de obra y un amplio período de ejecución unido al previo diseño de dichos sistemas, serán tareas a resolver por esa colectividad organizada. Así mismo, la ordenación y construcción de las viviendas, la ubicación de los campos de cultivo y zonas de pasto y otro gran número de tareas serán actividades que corroboran un nivel elevado de estructuración social.

En los yacimientos que hemos catalogado, y principalmente entre los excavados, disponemos de elementos materiales que nos documentan la existencia de actividades como la agricultura y la ganadería así como el desarrollo de la metalurgia del bronce y del hierro o la fabricación de cerámica a mano y a torno; no contamos sin embargo de momento con espacios específicos dentro de los poblados que demuestren la realización de algunas de

esas tareas por parte de individuos especializados en espacios determinados; pero si nos atenemos a las similitudes de nuestros poblados con los estudiados en los territorios próximos llegamos a la conclusión de que se desarrollan un gran número de trabajos, en muchos casos necesariamente practicados por individuos especialistas (metalúrgicos y ceramistas), así como los de tipo agrícola y ganadero.

Avances tecnológicos y actividades principales.

Nos hallamos en un milenio en el que las innovaciones técnicas van a ser notables a lo largo y ancho del continente europeo, y éstas a su influirán directamente en el desarrollo de actividades tan importantes como la agricultura, la ganadería, la metalurgia o la fabricación de cerámica. Sin embargo, estos cambios no van a tener lugar de forma simultánea ni con la misma intensidad en todos los territorios, ni su origen tendrá que ser semejante.

Es frecuente la tendencia a relacionar cualquier tipo de elemento innovador con una influencia exterior importante, que por otra parte habría afectado a la mayor parte de las formas de vida del grupo receptor; en ocasiones, incluso, parecía verse detrás del cambio una segura invasión. Pero muy probablemente, por el contrario, tras muchas de estas transformaciones no habría sino contactos regulares o esporádicos, provocados o no, con otras gentes, o incluso estaríamos tan sólo ante evoluciones dentro del propio grupo a partir de conocimientos adquiridos (formas cerámicas nuevas o especializaciones del instrumental metálico etc.). Así, por poner un ejemplo, la exis-

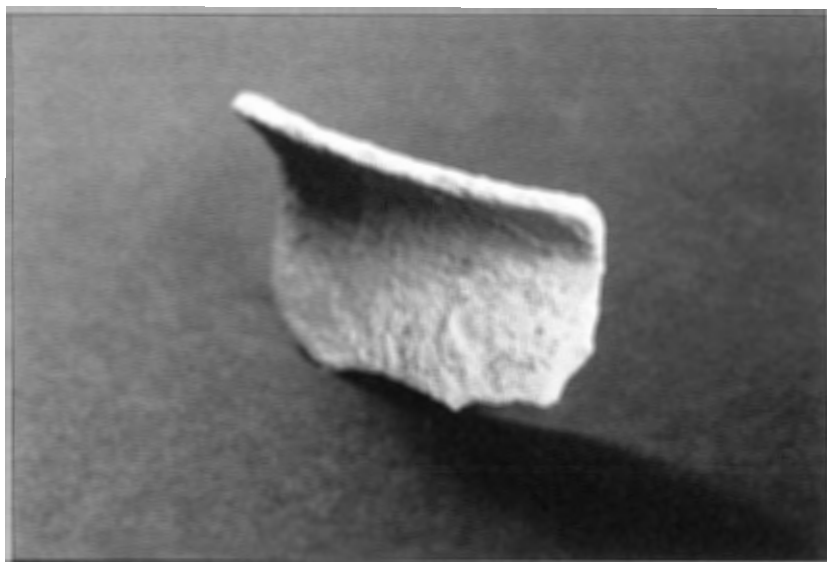


Foto 28. Fragmento de vasija a torno del poblado de Basagain (Anoeta).

tencia de cerámicas a torno con pasta fina en un poblado cualquiera de Bizkaia o Gipuzkoa, no tendría por qué hacernos pensar en principio en que a partir de ese instante nos hallamos ante una celtiberización generalizada.

En un buen número de los yacimientos conocidos en la zona analizada van a tener claro reflejo gran parte de los cambios característicos de estos momentos; no obstante quedarán patentes igualmente una serie de aparentes diferencias en relación con áreas próximas, tales como Araba y Sur de Nafarroa. El trabajo del bronce en algunos yacimientos como Berreaga o Munoaundi, primero, y sobre todo la posterior utilización del hierro documentada en la mayor parte de los poblados excavados, son muestra evidente de que las gentes de estos valles están adoptando las importantes novedades que afectaban a numerosos pueblos. Así mismo, la cerámica a torno está representada en varios de estos yacimientos, aunque de forma más significativa en los situados en Bizkaia. Pero su hallazgo, en un primer momento en este territorio dentro de los poblados de Berreaga, Kosnoaga y Marueleza, se ha documentado así mismo en los poblados de Gipuzkoa, aunque de forma escasa, tanto en las catas de Munoaundi y Moru como ya en estratigrafía clara en el de Basagain. Existen sin embargo en estos descubrimientos una serie de características que los diferencian a unos de otros, y que conviene tener presentes. Si bien en el caso de Basagain aparecen asociados elementos de hierro con cerámica a torno de muy fina factura junto a cerámica a mano, con fechas de C14 del 2.170 ± 80 B.P. y del 2.360 ± 120 B.P., en el poblado de Intxur, próximo al anterior, la presencia de hierro con dataciones como 2.030 ± 80 B.P. y 2.260 ± 80 B.P., no está en ningún caso acompañada de cerámica a torno, como tampoco lo está en el poblado de Buruntza, situado en el mismo valle.

La presencia de estos aportes técnicos tendrá reflejo, tal y como hemos señalado, en la fabricación de instrumentos nuevos cuya aplicación en las actividades básicas tendrá repercusiones importantes. Así, molinos, tanto barquiformes como circulares, están presentes en cuatro poblados de Bizkaia y Gipuzkoa así como en la necrópolis de Berreaga, si bien la totalidad de los circulares se sitúan dentro del primer territorio. Será sin embargo la metalurgia la que va a permitir mayores avances a lo largo de este período y principalmente en las últimas centurias.

Los elementos de bronce, aunque no muy abundantes en nuestros yacimientos, nos sirven para constatar su fabricación incluso dentro de los propios poblados conocidos (restos de escoria de bronce y crisoles de barro de Berreaga), destacando su utilización en objetos de adorno principalmente (fibula de Munoaundi). El hallazgo de una pesa de

bronce en perfecto estado de conservación en el poblado de Munoaundi, dentro de los trabajos realizados en este lugar en el verano de 1998, es un hecho relevante en este sentido. Pero será el hierro, ya avanzada la segunda mitad del milenio, el elemento más destacable: la fabricación a partir de este metal de aperos agrícolas como la hoz (Intxur), rejas de arado (Berreaga y Basagain), utensilios relacionados con la construcción de viviendas y otro tipo de estructuras, como clavos y grapas (Intxur), están constatados en estos poblados. Por otra parte son varias las piezas armamentísticas de hierro de Berreaga, Iluntzar, Kosnoaga y Basagain, con tipologías similares a algunas de las localizadas en yacimientos de la vertiente mediterránea de Euskal Herria o Aquitania.

Además de las actividades de carácter metalúrgico, serán sin duda la agricultura y la ganadería las más significativas. Así, algunos materiales líticos, cerámicos y metálicos en estos yacimientos serán elementos importantes para la constatación de la actividad agrícola en la vertiente atlántica, pero no los únicos; la recuperación de abundantes gramíneas y los estudios polínicos recientes están permitiendo considerables precisiones en esta línea.

En apartados anteriores relativos a la agricultura hemos tratado las múltiples evidencias de esta actividad. Pero queremos resaltarla de nuevo dada la relevancia que va adquiriendo según avanzan las investigaciones, principalmente a partir de la excavación y estudio de nuevos yacimientos.

Hasta hace unos años era generalizada la opinión de que los pobladores de las zonas atlánticas tendrían como casi exclusiva actividad la de la ganadería, forzados de alguna manera por el medio físico no tan propicio para el cultivo de cereales como el de las amplias superficies de Araba y Nafarroa mediterránea, por ejemplo. Sin embargo resulta evidente que el desarrollo de la agricultura, con sus variantes, no es un fenómeno exclusivo de las superficies abiertas; hoy se cultiva en lugares circundantes de los poblados atlánticos conocidos, e incluso se ha recogido cereal hasta hace escasos años. Por tanto no habría en principio que pensar en una inactividad agrícola en esta parte del territorio a lo largo de la Protohistoria, si bien, lógicamente con características diferentes a las de la vertiente mediterránea o llanuras aquitanas. Existen además precedentes claros en los que se documenta la agricultura en la etapa neolítica en cuevas como en la vizcaína de Kobaederra (J.J. Ibañez, et alii, 1998) y en momentos algo posteriores en dólmenes como el guipuzcoano de Zorroztarri (J.A. Mujika, 1991).

Los primeros elementos relacionados con la actividad agrícola recogidos en las excavaciones de estos poblados confirmaron en parte nuestra creencia de un

desarrollo significativo de la agricultura. Pero fue sobre todo con el hallazgo de las viviendas de Intxur y los materiales asociados a las mismas cuando se produjo su confirmación: la localización de grandes vasijas de almacenamiento ubicadas en repisas excavadas en la roca en uno de los extremos de la casa, abundantes gramíneas calcinadas junto a ellas y una pequeña hoz de hierro sobre el suelo en el espacio central de la vivienda; se encontraron así mismo varias piedras de mano para moler en el interior de esta casa y un molino barquiforme en sus cercanías. Sin embargo han sido los estudios carpológicos y palinológicos en este yacimiento los que de momento han ofrecido evidencias sobre las muy variadas especies cultivadas, aportando incluso datos acerca de alternancias de cultivos y fases de tratamiento sobre las gramíneas una vez recolectadas.

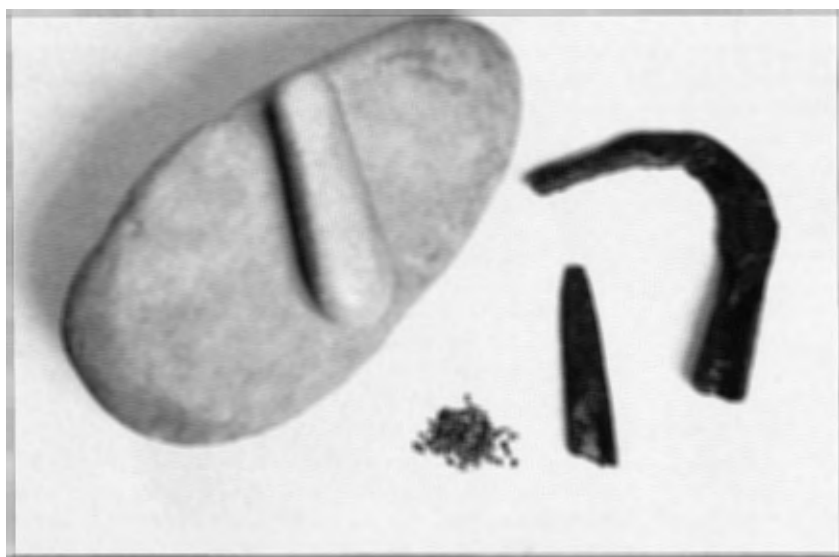


Foto 29. Elementos relacionados con la agricultura procedentes de los poblados de Intxur y Basagain.

Pero no es Intxur el único yacimiento que proporciona informaciones relacionadas con la práctica de la agricultura: Berreaga, Malmasin, Lujar, Marueleza y Basagain, contienen igualmente evidencias relevantes, destacando las rejas de arado localizadas en Berreaga (M. Unzueta, 1993) y en el poblado de Basagain (X. Peñalver, 1997), en curso de excavación. Con estos datos parece evidente que nos hallamos ante pueblos bien organizados, con ubicaciones muy precisas y estudiadas para los que la agricultura es elemento significativo para la supervivencia.

Con lo expuesto hasta aquí no se pretende excluir la práctica de la ganadería en estos recintos fortificados ni el desarrollo del pastoreo en áreas más eleva-

das del territorio. Los restos faunísticos recogidos hasta la fecha en los yacimientos excavados, escasos debido en gran medida a la elevada acidez del terreno en muchos de ellos, no significa la ausencia de explotación ganadera. El hecho de que tras nueve campañas sucesivas de excavación en el poblado de Intxur no se hubiese recogido ni un solo resto de fauna era prueba de que su ausencia se debía a causas externas a los hábitos de sus gentes. Pero ha sido en fechas recientes el cercano poblado de Basagain el que ha abierto una brecha en este terreno: el hallazgo de restos de tres de las especies animales domésticas más características en estos momentos, es decir, la vaca, la oveja/cabra y el cerdo, sitúan, tal y como era previsible, a estos enclaves, al igual que los de su entorno, dedicados básicamente a sendas actividades, es decir, la agricultura y la ganadería. Sin embargo todavía es prematuro en estos territorios definir las especies animales más

frecuentes dada la falta de muestras necesarias.

En esa misma línea hay que señalar que los pobladores de las áreas montañosas, no sólo de las sierras de Bizkaia y Gipuzkoa sino de la totalidad del área pirenaica en donde se sitúan la mayor parte de los cromlechs, desarrollarían básicamente actividades de tipo ganadero, quedando la agricultura en un segundo plano, al menos durante una parte importante del año.

La práctica de la recolección, la caza y la utilización de recursos naturales como la madera, son por otra parte actividades normales en mayor o menor medida en estos grupos. Tal y como sucede en gran parte de los hábitats de estos momentos en la zona atlántica, los síntomas de deforestación en torno a los poblados con el fin de

proveerse de madera a la vez que obtener terrenos aptos para el cultivo y el desarrollo de la ganadería son claramente detectables en los estudios palinológicos. Esas evidencias se constatan en los análisis de polen llevados a cabo en los poblados excavados. Igualmente son patentes los restos de maderas, principalmente de haya y roble, tanto utilizadas como combustible en los hogares como sirviendo de materia prima en la construcción de las viviendas u otras estructuras (defensas, etc.). Son también frecuentes los restos de semillas (bellotas y otras especies silvestres). Carecemos de momento de evidencias de fauna salvaje que documentaría la actividad cinegética de los habitantes de estos lugares.

En cuanto a la fabricación de cerámica, los numerosos restos disponibles, básicamente correspondientes a poblados fortificados y en menor medida a cuevas, ofrecen una importante gama tipológica tanto en lo que se refiere a formas como a dimensiones y decoraciones, si bien predominan las vasijas de formas en S, con cuellos con tendencia a abrirse y una casi generalidad de los fondos planos, salvo en los casos de cerámicas torneadas en donde éstos son en ocasiones umbilicados. Algunas de estas vasijas presentan similitud con piezas halladas en yacimientos de la vertiente mediterránea, correspondientes a los territorios de Araba y Nafarroa tales como Peñas de Oro, Castillo de Henaio o el Castillar de Mendabia.

Los recientes estudios petrográficos de láminas delgadas llevados a cabo por C. Olaetxea (C. Olaetxea, 2000) con materiales cerámicos de yacimientos de esta zona están permitiendo obtener una serie de datos significativos: se han podido determinar distancias desde el poblado a las zonas en las que se han recogido las arcillas utilizadas en la elaboración de las vasijas, recorriéndose en algunos casos hasta cinco kilómetros (Intxur). Según comunicación verbal de este mismo investigador, sería más factible que la fabricación de objetos cerámicos se llevara a cabo en las zonas de aprovisionamiento de la materia prima, en la proximidad de cursos fluviales, con lo que se dispondría no sólo de gran cantidad de agua sino que a la vez se evitaría el traslado de la arcilla húmeda, muy pesada, hasta el interior del recinto donde habitaban.

Fases de ocupación de los hábitats y su asignación cultural.

Ni los yacimientos en cueva ni los situados al aire libre aquí catalogados presentan, si nos atenemos a los datos hasta ahora conocidos, diferentes etapas de ocupación superpuestas a lo largo de los períodos Bronce Final y Edad del Hierro, salvo dos casos excepcionales. Sin embargo, es frecuente que en poblados de tipo fortificado de la vertiente mediterránea se produzca una sucesión de hábitats que arrancando incluso antes de la Edad del Bronce van a perdurar hasta el cambio de Era (La Hoya, Araba), e incluso, en algunos casos hasta entrada la época romana (La Custodia, Nafarroa). La reutilización del mismo enclave, actualizando frecuentemente los sistemas defensivos y reubicando en ocasiones las viviendas y otra serie de estructuras en el interior del recinto, es perfectamente comprensible si partimos del hecho de que nos hallamos ante grupos con niveles organizativos considerablemente estables. Incluso en los casos en que se han producido aportes o cambios sustanciales con cierta rapidez (celtiberización,

romanización), muchos de estos recintos se han mantenido en plena actividad, en áreas próximas a la estudiada. En el área atlántica, tan sólo en el poblado de Berreaga se han localizado superpuestos dos niveles diferentes, uno correspondiente a la Edad del Hierro, datado en 2.310 ± 50 B.P. y otro de época romana del 1.900 ± 50 B.P.

Ninguno de los dos yacimientos guipuzcoanos cuya excavación ha concluido (Intxur y Buruntza) ha aportado sucesión cultural alguna, a pesar de contarse con un cierto abanico cronológico en las dataciones absolutas; en ambos casos las tipologías de los diferentes grupos de materiales no han permitido distinguir fases culturales sucesivas. Sin embargo, el poblado de Basagain, además de contar con una serie de fechas diferenciadas está ofreciendo materiales, principalmente cerámicos, que pudieran definir en próximas campañas más de un nivel cultural. En la cueva de El Faro sí se aprecian diferentes niveles culturales, iniciándose la ocupación previsiblemente en el Neolítico y continuando hasta bien entrado el Bronce Final (Cl. Chauchat, 1984) e incluso algunas dataciones parecen indicar una mayor duración de este hábitat costero.

De cara a situar estos hábitats tanto cultural como cronológicamente en la medida de lo posible, hemos considerado del total de 72 poblados y 8 cuevas catalogados aquellos yacimientos excavados o en curso de excavación de los que disponíamos de un cierto número de elementos seguros, ya fuesen de tipo material ya dataciones absolutas. La existencia de ocho poblados de Bizkaia y Gipuzkoa con dataciones de C14, así como la fechación de la cueva lapurtina de El Faro permite establecer ciertos paralelismos y diferencias entre unos yacimientos y otros. Además una serie de elementos constructivos y sobre todo cierto número de objetos recuperados en varios de estos lugares nos han posibilitado adelantar algunas hipótesis sobre los momentos en que se han mantenido activos. Los datos disponibles de cuevas (El Faro, Arenaza y Lumentxa) nos llevan a pensar que nos hallamos en todos los casos ante ocupaciones relativamente antiguas. Tres de las cuatro dataciones de la cueva de El Faro se sitúan entre el 3.000 ± 110 B.P. y el 2.730 ± 90 B.P., siendo la más reciente 2.420 ± 70 B.P., ocupando un considerable espacio de tiempo. Por lo que se refiere a las cuevas vizcaínas, tanto J.M^a Apellaniz como J.L. Arribas asignan las ocupaciones a un momento en torno al Bronce Final, basándose en tipologías cerámicas, no disponiéndose de momento de dataciones absolutas. El resto de las cuevas catalogadas cuentan así mismo con materiales cerámicos que apuntan a estos momentos, aunque no han sido excavadas ni datadas en su mayor parte.

En cuanto a las cronologías de los poblados fortificados de Bizkaia y Gipuzkoa, sobre un total de 24

dataciones correspondientes a ocho de ellos, 19 se sitúan dentro de la segunda mitad del milenio, estando las cinco restantes entre el 525 y el 1.050 B.C. Existen cinco poblados (Berreaga, Kosnoaga, Marueleza, Basagain y Munoaundi) que sólo cuentan con fechas correspondientes a la segunda mitad del milenio, y no conocemos de momento ninguno con dataciones pertenecientes tan sólo a la primera mitad; por el contrario tres de los poblados (Intxur, Buruntza y Moru) cuentan con fechas correspondientes a ambas mitades del milenio.

Si dejamos provisionalmente aparte el recinto de Moru, no excavado y datado a partir de carbones procedentes de catas arqueológicas, los casos de Intxur y Buruntza plantean una problemática en cierta forma similar. Cinco de las seis dataciones de Intxur se sitúan entre el 450 y el 80 B.C., perteneciendo tres de ellas a las zonas de vivienda (casas nº1 y 2) y una cuarta a una posible estructura de habitación de la terraza Sur, correspondiendo una de ellas incluso a una muestra de cereal calcinado del interior de la vivienda nº1. Es decir, tan sólo una datación nos lleva al 770 B.C., en este caso fecha perteneciente a la terraza Sur, en la zona profunda contigua a la base de la muralla.

En Buruntza (C. Olaetxea, 1997), con dos fechas entre el 320 y el 230 B.C. y otras dos antiguas, correspondientes al 1.050 y 860 B.C. y una intermedia en el 525 B.C., no ha sido posible detectar más que un único nivel que se correspondería con las dos dataciones más recientes si bien asociado a cerámica exclusivamente fabricada a mano y con presencia de elementos de hierro. El posible nivel de Bronce Final no ha podido ser definido a partir de los materiales al igual que el correspondiente al 525 B.C. Hay que destacar en este sentido que la potencia total de la zona excavada no supera los 0,40 m., dentro de cuyas tierras han sido recogidas la totalidad de las muestras, todo ello en una superficie reducida.

En el poblado de Intxur se dio una ocupación muy definida correspondiente a la Segunda Edad del Hierro, con elementos de hierro aunque, al igual que sucede en Buruntza, con cerámicas exclusivamente fabricadas a mano. Es decir, y nos parece de interés resaltarlo, que con fechas 230, 120 y 80 B.C., no se ha recogido entre miles de restos cerámicos ni un solo fragmento fabricado a torno, y tan solo se ha detectado un único nivel arqueológico en el área central en donde se ubican las estructuras de habitación. Dada la gran extensión de este yacimiento (17 Has.) pudiera haber acogido asentamientos en etapas anteriores. Aunque el estudio de los sistemas defensivos no parece definir fases sucesivas de construcción, en la terraza situada al Sur de la zona de cumbre, y a una profundidad coincidente con la base de la muralla actual y adosada a ella, se recogieron fragmentos de madera

carbonizada de considerable tamaño que datados dieron la fecha más antigua hasta ahora obtenida en este lugar (770 B.C.) y que pudiera corresponder con alguna ocupación inicial defendida a partir de estructuras mucho más ligeras que las correspondientes a la segunda mitad del milenio. Sin embargo los restos cerámicos de esa zona del yacimiento no presentan diferencias con los correspondientes a la zona superior, fechada en la etapa más reciente del milenio.

El poblado de Basagain es el único de los guipuzcoanos con fechas únicamente correspondientes a la segunda mitad del milenio (entre el 370 y el 220 B.C.). Estas dataciones parecen concordar con los restos materiales recuperados, con instrumentos de hierro y cerámicas a torno junto a otras mucho más numerosas fabricadas a mano.

Los poblados vizcaínos de Marueleza, Kosnoaga y Berreaga, proporcionan fechas muy próximas al cambio de Era; en el primer caso entre el 144 y el 100 B.C., en el segundo en el 100 B.C. y en el tercero en el 260 B.C. y en el 50 de nuestra Era. Si bien no es muy elevado el número de análisis, parecen coincidir con los materiales hallados, tales como piezas diversas de hierro y cerámica a torno calificada de «celtibérica» por M. Unzueta y L. Valdés. Es de destacar igualmente el denario ibérico de la ceca de Baskunes hallado en Kosnoaga.

Los restos procedentes de las prospecciones y excavaciones de los poblados de Zerkupe y Gazteluzahar en Behenafarroa y Gastelu y Maidekoralia en Zuberoa no están lo suficientemente definidos, teniendo lugar numerosas ocupaciones sucesivas en tan reducidos espacios, si bien algunos de los materiales han sido calificados por F. Gaudéul como protohistóricos. Se carece así mismo de dataciones de C14 para estos poblados más septentrionales.

Partiendo de los datos disponibles se pueden adelantar algunas consideraciones, de forma provisional:

a.- M^aJ. Aróstegui e I. García Camino (1988) plantean en referencia a la parte más occidental del área de nuestro estudio, una importante expansión de pueblos de filiación celtibérica de la Meseta Superior hacia la zona meridional del país, principalmente hacia el Sur de Araba, en donde crearían núcleos importantes. Este hecho haría que una parte de la población indoeuropea tuviese que desplazarse hacia el Norte, por ejemplo a través del río Nerbion. En este sentido recuerdan que muy cerca del nacimiento de este río, próximo a la Peña de Orduña, se sitúan los Castros de Lastra (Araba) con niveles de la Segunda Edad del Hierro y fechados en los últimos siglos del milenio anterior al cambio de Era, con cerámicas a mano y en menor medida a torno, de tipo celtibérico (P. Saenz de Urturi, 1986).

b.- En 1993, M. Unzueta se replantea valoraciones anteriores en cuanto a la asignación cultural de

los hábitats de la zona de Sámano, Gernika y Mungia. Considera que estos yacimientos coinciden únicamente con los importantes poblados celtibéricos del valle del Ebro en la utilización de una serie de materiales o piezas de prestigio como adornos o algunos tipos de armamento, y frente a la creencia anterior de situar a estos «castros costeros» de Bizkaia como una facies local del tronco celtibérico, cree que más bien se trataría de una perduración de las formas de vida correspondientes al Bronce Final-Campos de Urnas con una serie de elementos de ajuar de tipo celtibérico.

c.— Por nuestra parte consideramos fundamental en estos momentos el proseguir con las tareas de prospección y excavación de hábitats de este período para poder completar las numerosas lagunas existentes. En esta línea creemos que sería de gran interés la excavación de algunos de los recintos situados en Lapurdi, Behenafarroa y Zuberoa, tales como Mokoretta, Gastelu, Gazteluzaharra, Urchilo o Gastelusarre «Ullumendi», de donde poseemos tan escasa información, así como la reanudación de las excavaciones en el territorio de Bizkaia, como por ejemplo en Berreaga, Kosnoaga y Marueza y la prospección en la vertiente atlántica de Nafarroa. Respecto a Gipuzkoa, la continuación de los trabajos en Basagain y el comienzo de los de Munoaundi están ayudando a la interpretación de este momento.

Con la información disponible en la actualidad apreciamos un considerable grado de ocupación en hábitats fortificados de forma clara a lo largo de la segunda mitad del milenio anterior al cambio de Era, mientras algunos datos apuntan a asentamientos en la primera mitad del milenio tanto en cueva como en poblados al aire libre, aunque sobre este momento la documentación sea mínima. Nos hallamos pues ante una escasez de evidencias del Bronce Final-Primera Edad del Hierro, a la vez que de alguna manera estamos observando características de estos momentos más antiguos en los niveles de la Segunda Edad del Hierro. La dificultad de localizar cerámica a torno en los poblados de Gipuzkoa datados en fechas recientes, algunas características de las viviendas (semixcavadas en la roca tanto en Intxur (Gipuzkoa) como en Berreaga (Bizkaia) y ciertos tipos cerámicos, son elementos que apuntan en este sentido.

Comenzamos, al contrario, a disponer de frecuentes testimonios para el conocimiento de la segunda mitad del milenio, e incluso contamos con dos yacimientos, uno en Bizkaia y otro en Gipuzkoa, que han proporcionado materiales o dataciones absolutas que rebasan el cambio de Era y por tanto que conectan con la fase en que al menos en algunas zonas se entrará en contacto con el influjo romano. En el poblado de Berreaga se ha hallado sigillata y cerámica común romana con datación de 1.900 BP., así como cerámica común romana en la cercana necrópolis de Berreaga.

En Basagain hay una datación de C14 del 1.600 B.P. En este yacimiento se cuenta con elementos de hierro como una reja de arado y cerámica a torno muy fina. Pese a la proximidad geográfica de este último con el poblado de Intxur que cuenta con dataciones que llegan hasta el 80 B.P., este de Intxur no proporciona cerámica torneada, lo que evidencia una serie de diferencias significativas; el poblado de Buruntza, próximo a los anteriores, y cuya datación más reciente es del 230 B.C cuenta con cerámicas fabricadas en su totalidad a mano.

El proceso de urbanización y los oppida.

Avanzada ya la segunda mitad del milenio, cuando una serie de tecnologías nuevas se han introducido definitivamente, e incluso comienza a ser utilizada la moneda, en el continente europeo, en opinión de F. Audouze y O. Buchsenschutz (1989) van a aparecer a lo largo del siglo II los artesanos especializados que, tras la fabricación de una serie de objetos, los pondrán en circulación para su utilización e intercambio. Estos productores de útiles diversos, tejedores de lana o fabricantes de monedas, se concentrarán en grandes aglomeraciones que con el tiempo adquirirán apariencia de ciudades. Estos oppida cubrirán amplias superficies que oscilarán entre veinte y varios centenares de hectáreas, con fortificaciones útiles más que por su eficacia defensiva por su prestigio y monumentalidad; en su interior hay calles, barrios organizados en actividades especializadas e incluso santuarios.

Según M. Almagro-Gorbea (1994), el proceso de urbanización dentro de la Península Ibérica no fue algo uniforme en la etapa prerromana, sino que iría avanzando siguiendo un gradiente de Sur a Norte y de Este a Oeste, justificado por los procesos de aculturación procedentes del Mediterráneo (fenicios, griegos, púnicos y romanos). Así, este proceso, presentaría variantes geográficas motivadas por factores locales, ofreciendo un mayor conservadurismo las áreas más septentrionales y montañosas, cuyas perduraciones en ocasiones habrían llegado hasta el momento presente.

La zona objeto de nuestro trabajo cuenta con un relieve accidentado y está alejada del foco mediterráneo; no obstante, fueron llegando a ella a lo largo del milenio, y principalmente en la segunda mitad, todo un cúmulo de innovaciones tanto en lo que se refiere al utillaje como al desarrollo de actividades de tipo agropecuario y metalúrgico.

Las grandes dimensiones de algunos de los recintos catalogados en este trabajo, entre los que destacan Marueza en Bizkaia con 8 Has., Intxur en Gipuzkoa con 17 Has. y Gastelusare en Zuberoa con 18 Has.,

podrían sugerir poblamientos con estructuras complejas en su interior. Sin embargo los datos disponibles no lo documentan, y si bien en la actualidad hemos desechado la opinión de recintos «vacíos» al referirnos a estos lugares, y de momento contamos con una serie de casas alineadas como en el caso de Intxur, seguramente agrupadas en varias concentraciones, aún estamos lejos de complejos protourbanos tan desarrollados como el cercano poblado alavés de La Hoya, contemporáneo en parte con los anteriormente citados.

La densidad de población.

Observamos una considerable densidad de recintos en Lapurdi, Behenafarroa y Zuberoa, disminuyendo muy considerablemente el número de hábitats en los territorios restantes, aunque trabajos de prospección llevados a cabo a lo largo de los años han permitido aumentar de forma importante tanto en Bizkaia como en Gipuzkoa el número de yacimientos.

Los aumentos, estancamientos o incluso disminuciones de población en un territorio como el estudiado pueden obedecer a innumerables causas, por lo general difíciles de precisar.

Los diferentes tipos de agricultura bien podrían haber influido de forma considerable, entre otras cosas, en algunas de estas modificaciones. El agotamiento de las tierras pudo haber originado desplazamientos temporales o incluso muy prolongados de poblaciones, lo que llevaría consigo la búsqueda de nuevos espacios fértiles para desarrollar sus actividades. Así mismo, la necesidad creciente de importantes cantidades de madera, tanto para la construcción y renovación de las estructuras de habitación y defensa como para la fabricación de cerámica y metal, estaría reduciendo notablemente las reservas de arbolado en algunos puntos. Si a estos hechos se les añade una posible ocupación intensiva del espacio, al menos en algunas zonas, pudiéramos estar ante situaciones potencialmente conflictivas con la posibilidad de que desembocasen en guerras y destrucciones de poblaciones. En este sentido, el interés puesto por los habitantes de la mayor parte de los recintos catalogados en su defensa es evidente, a pesar de lo cual en lugares no muy lejanos (La Hoya, Araba) se han producido destrucciones violentas de algunos de estos enclaves.

Los hipotéticos avances o retrocesos de las superficies de cultivo o pasto recuperadas a partir de la eliminación de arbolado, o los datos relativos a la ocupación de espacios hasta ese momento libres o las presiones demográficas y los conflictos que estos temas pudieran generar son de momento difíciles si no imposibles de precisar en la zona estudiada. Con-

viene tener presentes no obstante algunos de los restos arqueológicos, que si bien de tipo funerario (cromlech), ocupan áreas muy elevadas y que podrían estar justificadas no sólo por unos intereses relacionados con ciertas actividades principalmente ganaderas sino también por densidades de población importantes de las zonas inferiores y por tanto motivadas por presión demográfica. Estas ocupaciones llevarían consigo la deforestación de algunas de estas zonas altas con el fin de obtener espacios libres para pastos fundamentalmente, si bien el bosque podría estar ya disminuido en parte.

Los crecimientos de población suelen verse reflejados frecuentemente en el interior de los recintos a través de ocupaciones más amplias de las zonas intramuros, en ampliaciones de los recintos o en otros casos a partir de la reestructuración del modelo de distribución de las viviendas; sin embargo, de estas evoluciones tampoco disponemos de datos en la zona estudiada.

Algunos datos relativos a la toponimia.

Parece importante hacer una pequeña referencia a topónimos que con algunas variantes se repiten insistentemente en los lugares en donde han sido localizados estos recintos. El topónimo MURU tan frecuente en los poblados navarros (A. Castiella, 1977) se extiende tal y como se ha podido comprobar al territorio de Gipuzkoa. Así, mientras en Nafarroa conocemos yacimientos tales como Montemuru, Muru-Astrain o Murundigain, en Gipuzkoa se han hallado recintos fortificados en lugares denominados Murugain, Moru o Murumendi. La autora citada se refiere así mismo al término Castillo-Castellu que traduce como campamento fortificado y que se encuentra en yacimientos como «El Castellar» de Javier, «El Castillar» de Los Arcos, Mendabia y Lodosa, «El Castillo» de Castejón y «El Castejón» de Arguedas. Del mismo modo su equivalente toponímico en euskera, GAZTELU, así como sus derivados, resulta muy frecuente en los poblados de los territorios al Norte del Pirineo y ha sido tenido en cuenta a la hora de desarrollar los trabajos de prospección en Gipuzkoa (C. Olaetxea, 1991a), resultando frecuentemente los lugares conocidos con ese nombre puntos inaccesibles e inhabitables.

Relación entre el hábitat y los restos funerarios.

De la relación entre los dos bloques fundamentales en que se divide el trabajo que hemos desarrollado en los últimos años, es decir el fenómeno del hábitat a lo largo del Bronce Final y la Edad del Hierro y



Foto 30. Vista aérea del poblado de Murugain (Arrasate-Aretxabaleta-Aramaiona).

el del mundo funerario desarrollado en el mismo período, se obtienen lo que a nuestro entender son importantes consideraciones. Nos hallamos ante dos fenómenos contemporáneos y complementarios, si bien en nuestro caso separados entre sí por unas barreras muy claras de tipo geográfico. (**Desplegante n.º6**).

Disponemos en la actualidad, tras numerosos trabajos de prospección, de un total de 81 yacimientos correspondientes a lugares de habitación, casi en su totalidad pertenecientes a poblados fortificados, ubicados a considerable altura sobre el valle. De su estudio se han sacado a la luz numerosos datos en torno a sus características así como de costumbres y actividades de sus constructores; se ha podido incluso en ocasiones reproducir las condiciones de su entorno físico más próximo, la vegetación y los cultivos. Y sin embargo en ningún caso se ha logrado localizar los enterramientos, individuales o colectivos, de estas gentes. Por lo que se refiere a la necrópolis de Berreaga, situada a escasos metros de distancia del poblado del mismo nombre, debería ser excavada para definirla cronológicamente y poder precisar su relación con el poblado.

Por otro lado contamos con 413 conjuntos de cromlechs catalogados en los que se agrupan un total de 1.104 monumentos de carácter individual, distribuidos en zonas elevadas de un área delimitada al Oeste por el río Leizaran y que a lo largo de los cordales pirenaicos alcanza al menos de momento las proximidades de Andorra (Baqueira Beret). Y en este caso tampoco disponemos de resto alguno correspon-

diente a hábitats, temporales o fijos, relacionados con estos yacimientos funerarios, a pesar de que se está trabajando actualmente en su búsqueda.

Es decir nos hallamos ante un numeroso conjunto de poblados que ocupan la práctica totalidad de los territorios, con mayor o menor densidad según los casos, en donde no se localizan restos funerarios, frente a una gran extensión de montaña con grandes cantidades de restos funerarios con ausencia total de hábitats conocidos.

En la actualidad se dispone de unos buenos conocimientos en torno al megalitismo en las zonas objeto de este estudio, y no sólo referentes a los restos correspondientes al período aquí tratado sino a los de etapas anteriores (fenómeno dolménico y tumular).

Partiendo de este conocimiento resulta hoy impensable la posibilidad de la existencia de cromlechs en las zonas en donde han sido localizados los poblados, y principalmente al Oeste del río Leizaran, dentro de los territorios de Gipuzkoa y Bizkaia. Así pues, creemos que los trabajos de búsqueda de restos funerarios asociados a los poblados hoy conocidos deben ir en otro sentido distinto del de los cromlechs.

Por lo que se refiere a las áreas ocupadas por cromlechs, los posibles hábitats, estables o no, pudieran no corresponder a la tipología de poblados fortificados hoy conocidos y su hallazgo no sería fácil si tenemos en cuenta la cubierta vegetal que ocupa esta parte del territorio.

Tal y como hemos precisado en el apartado correspondiente al medio físico, el espacio en donde se desarrolla el fenómeno de los cromlechs es extremadamente montañoso, con una sucesión de montañas y valles, las primeras formando líneas de cumbres de dirección E-W. y los valles de componente N-S. principalmente. Este hecho va a producir fuertes contrastes altimétricos debido a las pendientes de las laderas y a la corta distancia existente entre las cotas máximas y los valles. Así por ejemplo, en el Pirineo central, mientras los cromlechs se sitúan a una media de 1.800 m. sobre el nivel del mar la cota del valle se localiza en los 500 m., separando ambas cotas una distancia en línea recta de entre 15 y 20 km.

En el caso del Pirineo occidental, a la altura de Behenafarroa, la distancia entre cotas máximas y valle es menor, disminuyendo la relación distancia/altitud, es decir, que mientras los cromlechs se

sitúan a una altitud media de 1.000 m. y la cota de valle se localiza a 280 m., la distancia entre ambos puntos en línea recta es de 7 kms.

Por otra parte, las condiciones climáticas de estas áreas de montaña hacen que la línea de nieves perpetuas invernales (noviembre-mayo) se sitúe, según G. Viers (1973) a una altura de 1.500 m., disminuyendo el número de días de nieve en el suelo progresivamente según se descende en altura, considerándose las condiciones climáticas por debajo de los 400 m. homogéneas y equivalentes a las de la costa (ver apartado de medio físico).

Interrelacionando los factores de relieve y climatología, apreciamos que en la zona de los montes vascos y en el extremo occidental del Pirineo (Bizkaia, Gipuzkoa y Lapurdi), con medias altimétricas inferiores a los 625 m. (ubicación de los cromlechs), tienen lugar escasos días en los que existe nieve en el suelo, produciéndose condiciones de habitabilidad muy semejantes a las del valle. En el Pirineo occidental (Behenafarroa, Nafarroa y Zuberoa), la altitud de los cromlechs es mayor, oscilando las medias entre los 865 m. en Nafarroa y los 1.229 m. en Zuberoa, siempre por debajo de las nieves perpetuas invernales; en este caso la relación entre montaña y valle hace que las zonas de cromlechs se sitúen a muy corta distancia de las áreas en donde las condiciones climáticas permiten un hábitat continuo para el hombre, por debajo de los 700 m. Ya en el Pirineo central, las condiciones son más rigurosas y los cromlechs se localizan a altitudes que oscilan entre los 1.610 y los 1.933 m. (medias por territorio), todos ellos por encima de los 1.500 m., y agravado esto último por las características propias de esta parte del Pirineo, con una mayor masividad que originará una climatología más rigurosa que a similar altura en el Pirineo occidental. De todos modos, la relación entre ubicaciones de cromlechs y valle nos indica que desde los primeros se puede alcanzar la cota de los 700 m. en distancias en línea recta de entre 10 y 15 kms., y la cota 511 (Laruns) a distancias de entre 15 y 20 km., siempre dentro de la vertiente Norte del Pirineo, en donde el contraste altimétrico es mayor.

Otro factor a tener en cuenta es el de la Bioclimatología. Conforme aumenta la altitud, el período de tiempo libre de heladas es menor. Así, a 700 m. de

altura existe riesgo de heladas desde finales de octubre hasta finales de mayo, mientras que por debajo de los 400 m. ese riesgo se limita al período comprendido entre mediados de noviembre y mediados de abril. Las heladas van a afectar al período vegetativo produciendo un agotamiento de los pastos invernales con lo que los posibles rebaños se verían obligados a realizar continuos desplazamientos, que podrían ser de tipo vertical (montaña-valle).



Foto 31. Excavación del conjunto de cromlechs de Mulisko Gaina (Hernani-Urnieta).

Distribuyendo los cromlechs según su altitud en tres grupos (de 0 a 600 m., de 600 a 1.500 m. y de 1.500 m. en adelante), obtenemos los siguientes resultados.

– que entre los monumentos catalogados en Euskal Herria, un total de 50 conjuntos se sitúan por debajo de los 600 m., zona perfectamente habitable a lo largo de todo el año. Otros 238 conjuntos se ubican entre los 600 y los 1.500 m., zona de nieve en su franja más elevada en épocas muy limitadas del año; tan sólo 3 conjuntos se encuentran por encima de los 1.500 m. Esto significa que de un total de 291 conjuntos catalogados, 288 se localizan entre los 0 y los 1.500 m., franja en la que es posible el hábitat de forma aceptable salvo en períodos muy limitados del año.

– que este hecho se modifica considerablemente si analizamos los cromlechs situados en los territorios al Este de Euskal Herria (Bearn, Altos Pirineos y Huesca), en cuyo grupo tan sólo un conjunto se localiza entre los 0 y los 600 m. y 37 entre los 600 y los 1.500 m.; es decir, que un total de 38 conjuntos entran den-

tro de la franja de entre 0 y 1.500 m. La cifra de los construidos por encima de los 1.500 m. no obstante se eleva a 83 conjuntos.

— que recopilando los datos de la totalidad de yacimientos catalogados (413), 51 corresponden al grupo de entre 0 y 600 m. y 276 al de los 600 a 1.500 m., o lo que es lo mismo, un total de 327 conjuntos habrían sido levantados en la franja 0-1.500 m. y los 86 restantes por encima de esta última cota.

Partiendo de lo expuesto hasta aquí, vamos a referirnos a continuación a dos hipótesis basadas en la interpretación de los conocimientos hoy disponibles relativos a los hábitats y a los enclaves funerarios.

La primera de ellas es de momento la única planteada desde hace ya muchas décadas y se apoya en la existencia de rutas de trashumancia de origen posiblemente prehistórico que han perdurado hasta fechas recientes e incluso hasta nuestros días. En esta hipótesis, basándose en que el fenómeno de los cromlechs está directamente relacionado con cotas elevadas del Pirineo, se plantea la existencia de grupos de pastores que de forma estacional y siguiendo las antiguas vías pastoriles ascienden y descienden de los pastos de altura cuando lo marca la climatología. Es decir que los constructores de estos círculos serían pastores que recorrerían esas zonas en la etapa estival para descender de nuevo a cotas inferiores una vez que el frío y la nieve ocupasen esas áreas.

El hecho de que hasta hace escasos años no se conociese la existencia de hábitats contemporáneos a estos cromlechs hacía que todo quedase de forma ambigua, es decir, que esas gentes, con sus rebaños, descendían a cotas más bajas, sin poderse ubicar su destino exacto.

Tras el hallazgo de abundantes recintos de habitación en cotas inferiores, disponemos de un mayor número de elementos para establecer relaciones aunque estas no ofrezcan de momento resultados concluyentes. ¿Proceden estos pastores constructores de cromlechs de los poblados hoy conocidos, y por tanto vuelven a ellos en los meses fríos del año? Si es así, lo que parece estar claro es que a lo largo del invierno, los que pudieran morir no utilizaban la misma forma de enterramiento que en verano; de lo contrario hubieran sido localizados algunos de los cromlechs en las zonas más o menos próximas a estos recintos, por otra parte muy prospectadas. En el caso de que hubiesen habitado en lugares distintos a los recintos fortificados, en hábitats dispersos, del mismo modo se hubieran localizado los restos de estos círculos, y tampoco ha sido así. En principio resulta difícil creer en la posibilidad de que estas gentes utilizaran diferentes formas de enterramiento en dependencia de la época del año y del lugar en que murieran, pero si esos movimientos de trashumancia tenían lugar entre ambas zonas naturales y arqueológicas tendrían-

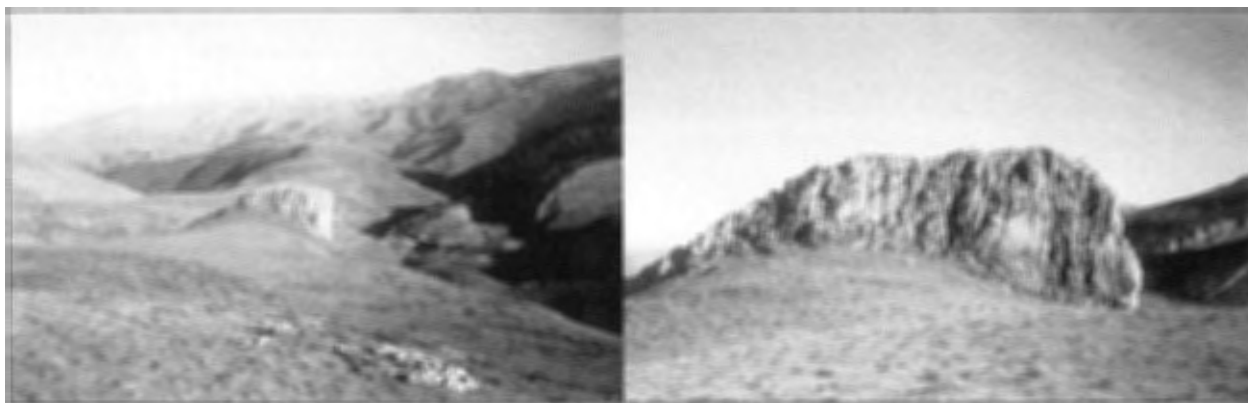
mos que pensar en principio en un cambio, al menos formal de los tipos de enterramiento.

Existe sin embargo la posibilidad de que al ser el de los pastores, con un ritual propio de enterramiento, un grupo numéricamente muy minoritario en relación con la población que ocuparía los poblados estables, este cambio ritual pasase prácticamente inadvertido en estas gentes, volviendo a mantener el enterramiento megalítico al retornar a las zonas de montaña, que podría tener además de la función ritual una de señalización del lugar de depósito de las cenizas, en espacios abiertos, algo no necesario en las necrópolis colectivas que existirían en las proximidades de los poblados.

Dentro de esta misma hipótesis relacionada con la trashumancia existe la posibilidad de que estas poblaciones de pastores no perteneciesen a los poblados citados y catalogados en este trabajo sino que formasen parte de otros núcleos, tanto al Norte como al Sur de los cordales pirenaicos, en donde se han hallado enterramientos de tipo circular/tumular, aunque con diferencias notables con los aquí tratados, tanto en lo relativo a su tipología como a la riqueza de los materiales depositados. Estos yacimientos, como los situados en Yesa (Nafarroa), Sur de Lérida, en los términos de Serós y Gerp (L. Díez-Coronel, 1962, 1964/65), así como en Lot y Garonne (J. Blot, Ch. Raballand, 1995), podrían guardar relación con los constructores de los cromlechs pirenaicos.

F. Gaudeul (1978), en referencia al recinto fortificado de Zerkupe, uno de los pocos excavados en la zona Norte del Pirineo aunque con escasos resultados concretos para la etapa protohistórica, mantiene la posibilidad de que nos hallemos ante un recinto refugio a donde acudirían en este caso los pastores con sus rebaños en momentos de peligro. Se mantiene pues el concepto de recinto refugio aunque en este caso de carácter pastoril dada la ubicación del mismo. Este yacimiento es el más próximo de los conocidos al contexto de los cromlechs, y presenta una serie de características que lo hacen diferente en varios aspectos además de su ubicación en plena zona de los grandes cordales, tales como la elección de una roca prácticamente inaccesible o sus pequeñísimas dimensiones.

Al hilo de lo hasta ahora tratado nos hacemos algunas preguntas: ¿Dónde enterraban los pastores que de forma estacional ocupaban a lo largo del Bronce Final y la Edad del Hierro los cordales montañosos de Bizkaia, Gipuzkoa y Nafarroa (Gorbea, Aizkorri, Aralar o Ernio, entre otros), de gran tradición trashumante y en donde no se han localizado restos de cromlechs? ¿No sería a estos cordales y a otros de estas características a donde pudieran desplazarse los pastores de los poblados de Maruelea, Intxur o Buruntza, entre otros, en verano? La ausencia de cromlechs es evidente en todas estas zonas.



Fotos 32 y 33. Vistas del poblado de Zerkupe, en Behenafarroa.

En cuanto a la segunda hipótesis, la planteamos aquí por primera vez con todas las reservas, siendo conscientes de que serán las labores principalmente de campo que se desarrollen en años venideros las que podrán marcar las líneas más seguras en la interpretación de estas poblaciones a lo largo del primer milenio antes del cambio de Era.

En páginas precedentes se ha hecho referencia al relieve pirenaico y a los contrastes de altitudes entre las cotas más elevadas, en donde se ubican la mayor parte de los cromlechs y las zonas de valle, así como a las distancias entre ambos tipos de relieve. Con el objetivo de definir de forma más precisa todos estos aspectos se han realizado una serie de cortes a los grandes ejes montañosos, en puntos de variadas características, con altas densidades de cromlechs.

Son los siguientes: (Figs. 179, 180, 181, 182 y 183).

En ellos se aprecia la relativa proximidad entre las cotas más elevadas y los valles en donde es posible el establecimiento de hábitats a lo largo de todo el año. Ya hemos hecho así mismo referencia a las características climáticas de estas áreas de montaña y a las considerables variaciones que se producen en pocos kilómetros, en dependencia principalmente de las altitudes s.n.m.

Partiendo de estos datos así como de la observación de una clara delimitación espacial del fenómeno cromlech, separado en la práctica totalidad de los casos de forma podría decirse que excluyente de los recintos de habitación hoy conocidos, planteamos la segunda hipótesis, consistente en la posibilidad de existencia de un grupo humano cohesionado, ubicado en las zonas en donde hoy se detecta dicha forma funeraria y en sus entornos, considerablemente menos elevados, lo cual plantearía la existencia de gentes, diferenciadas de alguna forma, que ocuparían

la zona oriental de los montes vascos y el eje pirenaico hasta las proximidades de Andorra, al menos en el actual estado de las investigaciones, un marco natural muy homogéneo.

Es evidente que si exceptuamos los enclaves de cromlechs más occidentales (estaciones guipuzcoanas de Igeldo, Jaizkibel, Onyi-Mandoegi y Oiartzun) y algunos otros de cotas bajas del territorio de Lapurdi, en donde por situarse por debajo de los 600 m. es posible el poblamiento a lo largo de todo el año, en otros grupos la estancia sería más problemática a lo largo de ciertos meses, y en algunos, principalmente situados en las zonas más orientales, ésta, de forma permanente, no sería posible. Pero nos estamos refiriendo a áreas en principio de pasto, en donde pudieran haber existido una serie de establecimientos temporales no excesivamente complejos, en torno a los cuales pudieran servir de referencia los primeros restos de hábitats de montaña localizados en la zona de Urbia (Aizkorri, Gipuzkoa), a la vez que contarán con otros, éstos estables y no forzosamente amurallados, en cotas inferiores de los valles pirenaicos cercanos, dentro del propio ámbito pirenaico, en donde las condiciones de habitabilidad serían completamente válidas.

La ubicación de poblaciones estables en la actualidad en zonas próximas a las de los cromlechs, si bien a cotas considerablemente más bajas que ellos, dentro de las áreas más elevadas del Pirineo, apoyan la posibilidad de la existencia de hábitats estables en la antigüedad a lo largo de la cordillera. Por nuestra parte hemos revisado algunos de los núcleos hoy habitados en la zona a lo largo de todo el año. El conocimiento y estudio de estos lugares hace pensar en la hipótesis planteada, al menos como posibilidad.

Por otra parte el emplazamiento tan elevado de estos monumentos funerarios, pudiera obedecer a

creencias concretas en las que la visibilidad de los puntos elegidos, lo destacado del lugar, o alguna de las características de estos enclaves, tuvieran un valor importante. La función simbólica de ciertos puntos orográficos preeminentes o la sacralización de accidentes naturales (T. Andrés, 1990) podrían ser motivo así mismo de su elección. Por otra parte, las interpretaciones en torno a estos cromlechs como cenotafios conmemorativos (J. Blot, 1984) pudiera llevarnos a pensar en la posibilidad de que no fuesen exclusivamente pastores los introducidos en estos círculos sino que tras la incineración de los cadáveres, tal vez en zonas no tan cercanas a los propios cromlechs como se viene suponiendo, fuesen subidas unas pequeñas cantidades de huesos calcinados y carbones hasta cotas superiores con el fin de llevar a cabo una serie de rituales. En este sentido sería de interés que se siguiesen con atención los restos, tanto antropológicos como de materiales, procedentes de los cromlechs excavados

con el fin de comprobar si nos hallamos ante rituales relacionados con un tipo de individuos muy concretos del grupo (adultos masculinos) o existen también cadáveres femeninos e incluso de niños. Recordemos a este respecto que pese a la escasez de materiales disponibles en la actualidad, en el cromlech de Oianleku Ipar (Oiartzun, Gipuzkoa) fue hallado un anillo de bronce junto a los restos óseos calcinados de un individuo del que no pudo precisarse el sexo.

Existe otro elemento diferenciador entre los fenómenos hábitat y funerario. En comunicación verbal, C. Olaetxea, tras una serie de análisis petrográficos de láminas delgadas ha observado que las pastas cerámicas correspondientes a cromlechs (Oianleku Ipar en Gipuzkoa y Apatesaro Hego y Sohandi en Behe- nafarroa, presentan características diferentes a las pertenecientes a poblados como Intxur, Buruntza y Basagain, siendo los restos de los recintos funerarios de factura diferente de los de los hábitats estudiados

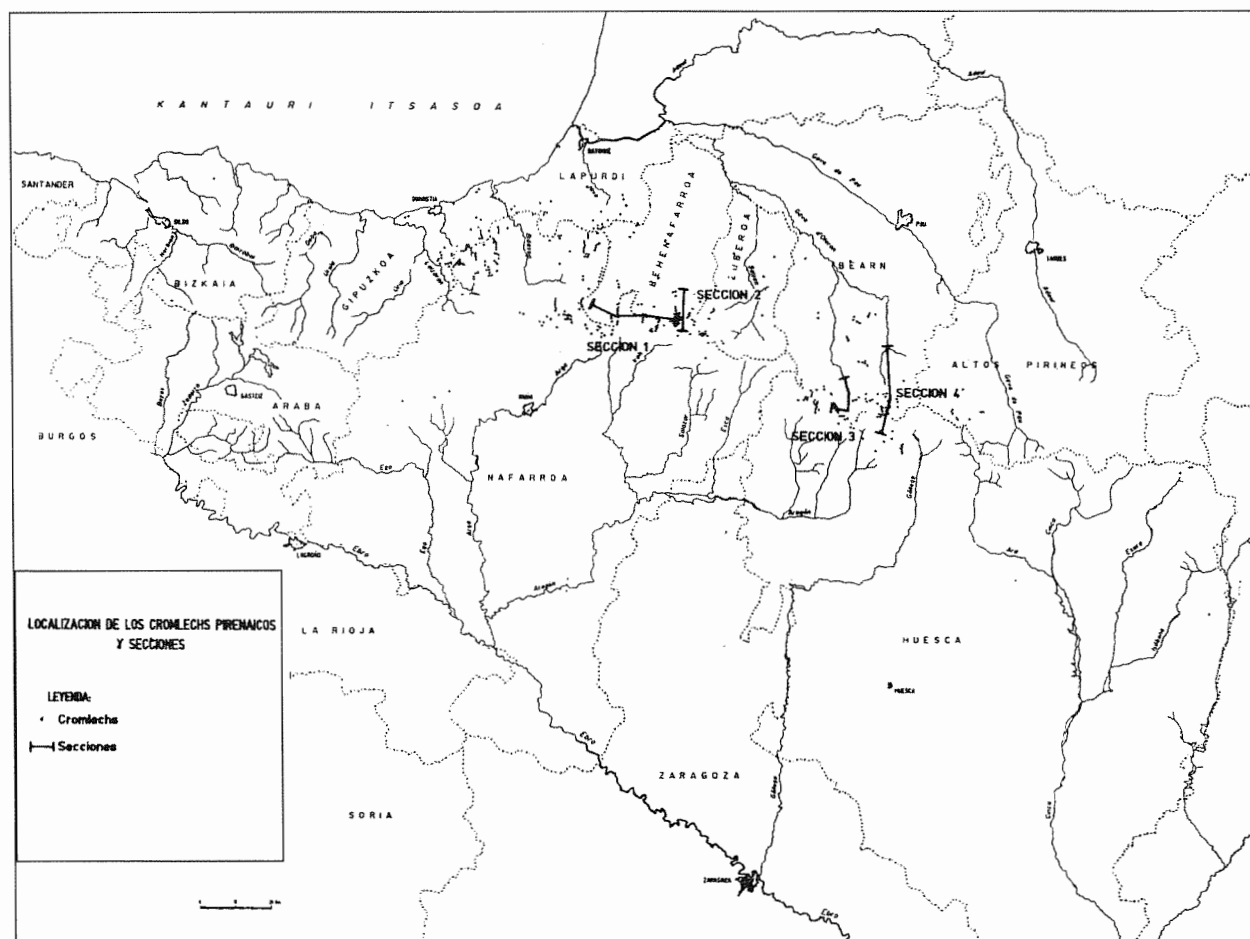


Figura 179. Localización de los cromlechs pirenaicos y secciones 1, 2, 3 y 4. (X. Peñalver)

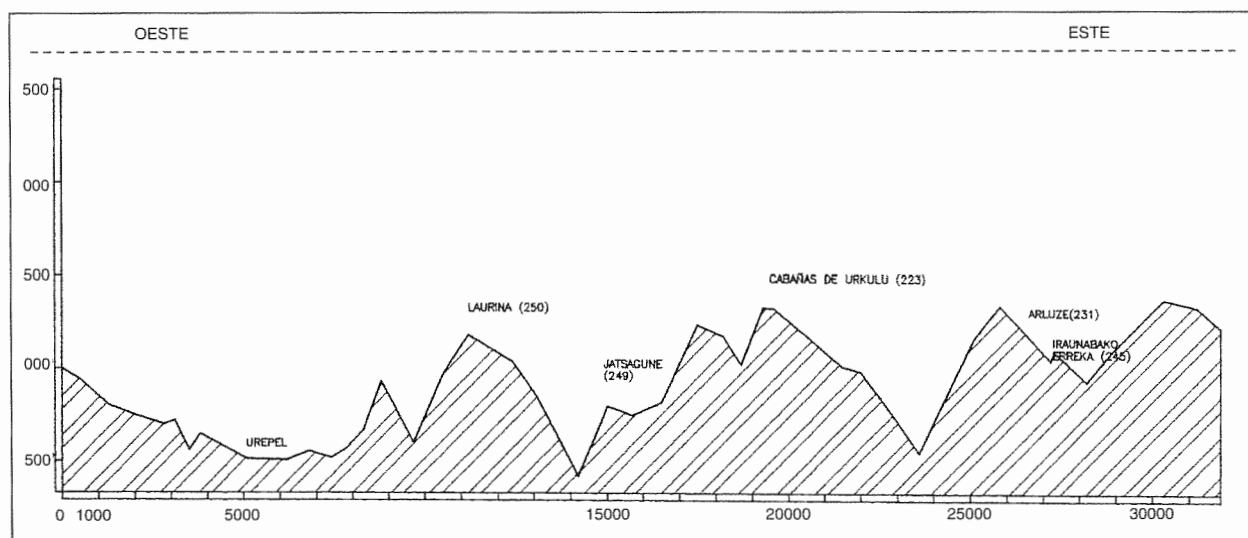


Figura 180. Sección 1.

por nosotros y al parecer con mayor relación con cerámicas de algunos de los poblados de la cuenca de Iruña.

En nuestra opinión la interrupción radical de los cromlechs en el río Leizaran por el Oeste y su extensión a partir de esa delimitación de forma uniforme hacia el Este, nos parece que pudiera guardar relación con el territorio de los Vascones, con el cual coincidi-

rá precisamente en ese límite occidental; así mismo esa línea occidental del Leizaran es diferenciadora de dos formas dialectales del euskera.

Antes de finalizar queremos dejar constancia de una serie de temas no abordados en este trabajo por diversos motivos.

El hallazgo de un considerable número de estelas principalmente en Bizkaia, algunas de las cuales se

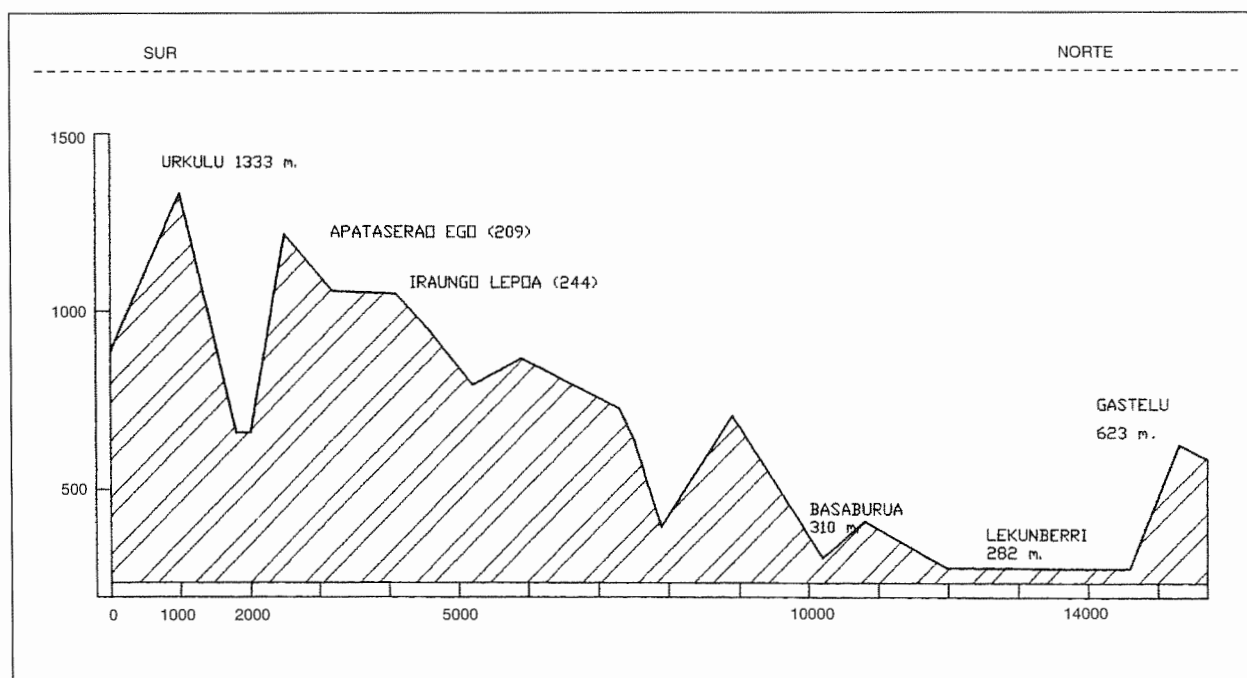


Figura 181. Sección 2.

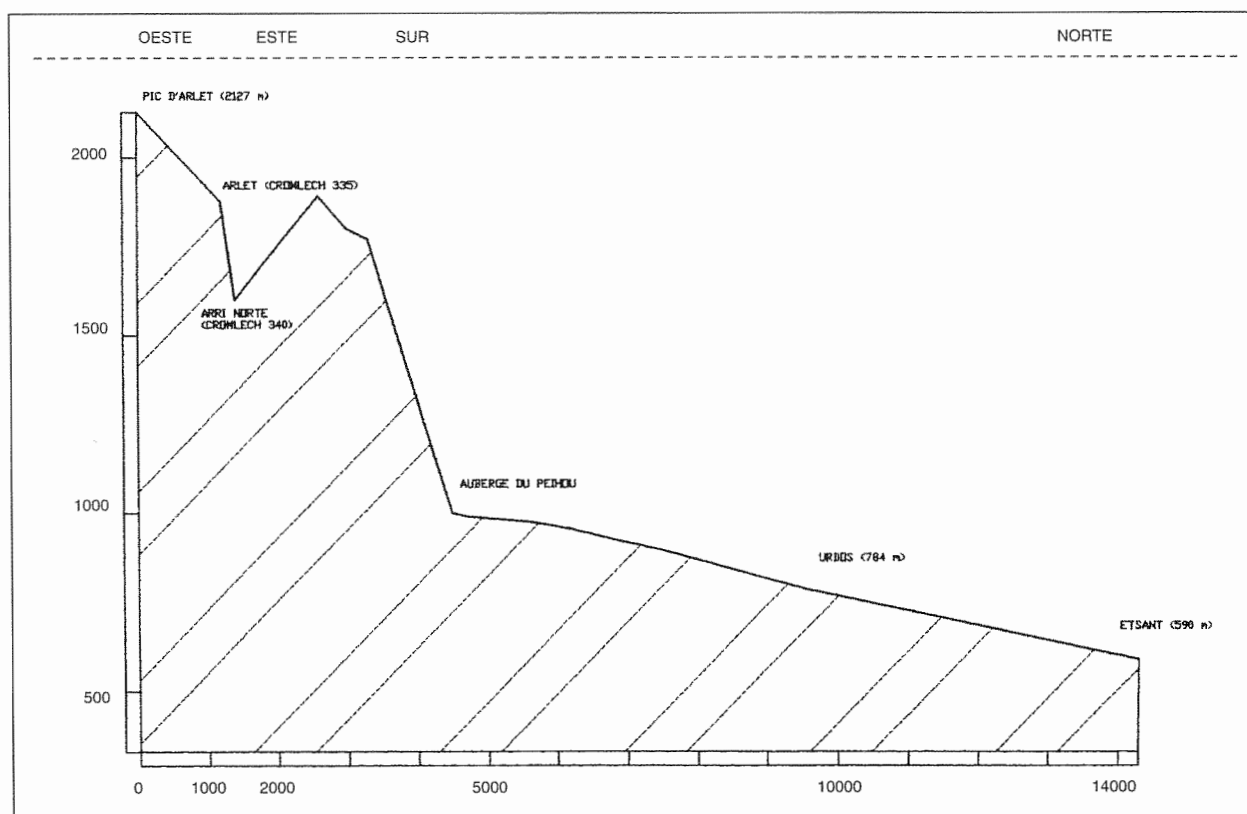


Figura 182. Sección 3.

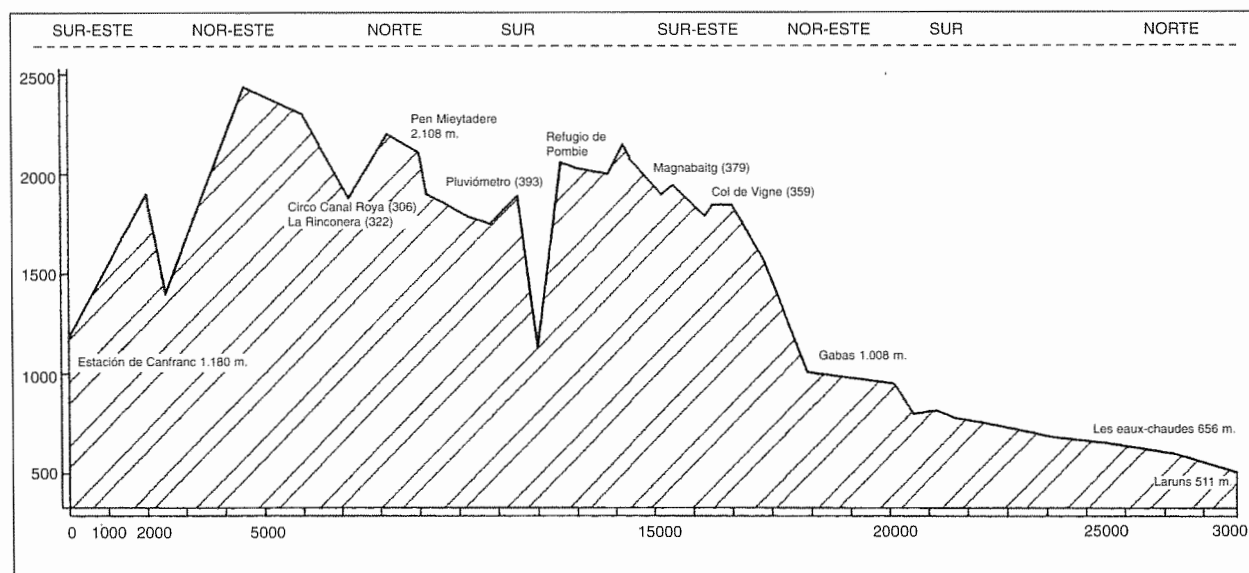


Figura 183. Sección 4.

han ubicado por diferentes autores dentro del primer milenio anterior al cambio de Era (M. Unzueta, 1990/91, 1994) es un fenómeno a tener en cuenta; sin embargo quedamos a la espera de relaciones con contextos arqueológicos fechados que puedan darse en el

futuro, lo cual podría suceder tanto en la necrópolis de Berreaga como en el conjunto tumular de Gastiburu, este último en curso de excavación, y ambos con estelas decoradas con temas geométricos incisos sobre soportes poco trabajados.

